

CAPITULO XXXIII.

EL DON DE SABIDURIA.

SUMARIO.—Qué sea el don de sabiduría.—Todos los dones del Espíritu Santo contribuyen á la deificación del hombre, de qué modo contribuye á ello el don de sabiduría.—Diferencia que le distingue de los demás dones, de la fé, de la virtud de sabiduría, de la sabiduría gratuita.—Efectos del don de sabiduría sobre el entendimiento y sobre la voluntad.—Retrato del verdadero sábio.—Necesidad del don de sabiduría.—Libra al hombre de la tiranía del espíritu contrario, la invidia.—La lujuria en el hombre y en la sociedad.

Ayudado el hombre del don de ciencia para pasar de los efectos á la causa, distingue con certidumbre lo verdadero de lo falso. Viendo por el don de consejo, la diferencia entre lo bueno y lo mejor, elige los medios más adecuados para llegar á su fin. Gracias al don de entendimiento penetra más allá. Leyendo la causa en los hechos, ve claramente la bondad de su elección, es decir, la evidencia de las verdades que deben conducirlo á su salvación, de suerte que nada es capaz de oscurecerlas á sus ojos, ni de arrancarlas de su corazón.

El primer efecto de esta penetración que coloca al hombre, por decirlo así, frente á frente del mundo superior, es un desarrollo maravilloso de la vida intelectual. El segundo es una elevación nada común de pensamientos, una gran magnanimidad de sentimientos, una sublime indiferencia hacia la vida del cuerpo. Lleno de este don divino, el hombre siente toda la verdad de estas palabras: El reino de Dios no es la comida ni la bebida: "Regnum Dei non est

esca et potus." Obligado á sujetarse á las necesidades de la vida animal, puede decir como el arcángel: "Parecía en verdad que comía y bebía con vosotros; más yo uso de un manjar invisible y de una bebida que no puede ser vista de hombres (1)."

Así, el don de entendimiento espiritualiza la inteligencia casi en un todo, cuanto puede ser espiritualizada; como el espíritu contrario la materializa cuanto puede materializarla.

Para acabar de perfeccionar al hombre, ¿qué queda por hacer al Espíritu Santo? Espiritualizar el espíritu y el corazón de ese hombre, cuanto cabe en lo posible. ¿Cómo realiza el Espíritu Santo este último acto de nuestra deificación? Comunicándonos el don de sabiduría.

Este don forma el último peldaño de la misteriosa escala, que el Verbo encarnado ha bajado para llegarse hasta nosotros, y que el hombre debe subir para elevarse hasta el nivel de su divino hermano, hacerse semejante en todo á él y realizar en su persona las palabras del Padre celestial: "Este es mi hijo muy amado, en quien me he complacido." La contestación á nuestras tres cuestiones dará á conocer este don que corona los demás. ¿Qué es el don de sabiduría? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuánta es su necesidad?

1.º ¿Qué es el don de sabiduría? "La sabiduría es un don del Espíritu Santo, que nos comunica en el más alto grado, el conocimiento y el amor de las cosas divinas (2)."

1. *Tob.* xii. 19.

2. *Donum sapientiæ est habitus infusus, quo quis in gratuitis cognitionibus subito et promptly secundum quam iam connaturalitatem, per causam altissimam habet rectum et certum iudicium de his quæ sunt fidei. Vig., c. xiii, § 4.—Vel: sapientia est habitus divinus infusus quo mens redditur facile mobilis á Spiritu Sancto, ad contemplandum divina et ad iudicandum tum de illis, tum de humanis secundum rationes divinas. Apud. S. Th., 2, 2,*

Todos los dones del Espíritu Santo tienen por objeto el contribuir, cada uno á su modo, a la deificación del hombre.

Tres se dirigen principalmente á la voluntad: los de temor, piedad y fortaleza. Cuatro tienen por objeto principal la inteligencia: los de ciencia, consejo, entendimiento y sabiduría. Pero este último es el más noble de todos. Como el fin resume los medios desarrollándolos, el don de sabiduría contiene y perfecciona todos los demás. Así, puede decirse que la sabiduría es el temor de Dios perfeccionado, la piedad perfeccionada, la ciencia perfeccionada, la fortaleza perfeccionada, el consejo perfeccionado, el entendimiento perfeccionado.

Basta comprender el don de sabiduría, para saber cómo perfecciona á todos los demás. Conocimiento y amor de la verdad es el más alto grado á que el hombre puede llegar: hé aquí lo que es dicho don. Ahora bien, hay muchos modos de conocer la verdad.

El conocerla por las causas segundas, por las criaturas, por las obras exteriores de Dios, tales como la encarnación del Verbo, la creación y gobierno del mundo, la justificación del hombre y otras semejantes, pertenece al don de ciencia (1).

q. 44, art. 1.—Sumitur nomen sapientiæ secundum quod saporem quemdam importat. *S. Th.*, *ibid.*, art. 2.—Sapiens dictus á sapore, quia sicut gustus est aptus ad discretionem saporis ciborum, sic sapiens dicitur ad dignoscentiam rerum et earum circa divina et agenda. *S. Isid.*, *De etymolog.*

1. El don de ciencia nos enseña á conocer la verdad por las causas segundas, por las criaturas, y á arreglar nuestra conducta en conformidad con este conocimiento. El don de sabiduría nos hace ver la verdad en la causa de las causas, en Dios mismo y nos la hace amar en Dios y en sus obras. Así, el don de ciencia tiene por objeto principal los efectos, y el don de sabiduría la causa. El uno procede por vía de análisis, el otro por vía de síntesis.

Conocerlas por los motivos de credibilidad, hasta el punto de quedar tan convencido que no haya nada capaz de debilitar nuestra adhesión, es el objeto del don de entendimiento.

Conocerla en las aplicaciones que deben hacerse á los actos particulares, es el beneficio que el don de consejo nos hace.

En fin, hay todavía un modo más perfecto de conocer la verdad, cual es el de verla en la causa primera, en la causa de las causas, en Dios, y verla con un amor inmenso. Desde esta altura se juzga con certidumbre de todas las causas segundas y de sus efectos; se pone el pensamiento y la acción en armonía, no ya con tal ó tal verdad aislada, con tal ó cual causa segunda, con tal ó tal efecto particular, sino con la causa primera. Entónces, el hombre participa en cierto modo del privilegio de los ángeles de la primera gerarquía, los cuales ven en Dios mismo la razón de las cosas. Posee en este caso la magnífica síntesis de la verdad, y puede juzgar de todo el plan divino, así en el orden natural como en el sobrenatural, puesto que puede juzgar del mismo Dios (1).

Se ve, pues, cuán superior es el don de sabiduría á los dones de ciencia, de consejo y de entendimiento y cómo los perfecciona, no ménos que á los de temor, piedad y fortaleza.

sis. Véase *S. Th.*, 2, 2, q. 9, art. 1, 2.—Se ve que en el sistema de nuestra deificación, no ha quedado olvidado ningún medio, y que el Espíritu Santo se acomoda á todas las condiciones.

1. Spiritus autem iudicat omnia. I *Cor.*, II, 15.—Spiritus enim omnia scrutatur etiam profunda Dei. *Ibid.*—Ad sapientem pertinet considerare causam altissimam, per quam certissime de aliis iudicatur, et secundum quam omnia ordinare potest. *S. Th.*, 2, 2, q. 45, art. 1; q. 8, art. 6; *S. Anton.*, IV p., tit. X, c. III.

Gracias al don de sabiduría, los actos de los otros dones adquieren una energía, una constancia, una extensión, una suavidad, una perfección, proporcionadas á las luces y efusiones de amor que influyen de este don superior á los demás. Así es, como queda elevado el corazón del hombre á nivel de su inteligencia.

En cuanto á la diferencia que hay entre el don de sabiduría y la fé, la virtud de sabiduría y la sabiduría gratuita, fácil es conocerla. La fé se adhiere á la verdad, tal como le es propuesta, y no va más lejos. La virtud de la sabiduría es un hábito adquirido por el estudio, ó infundido por la gracia: pero esta virtud, natural ó sobrenatural; no tiene la altura, ni la extensión, ni la certidumbre, ni la suavidad, ni la espontaneidad del don de sabiduría (1). Este don, tomando como punto de partida la verdad conocida por la fé, confirmada por el don de ciencia, penetrada por la virtud de sabiduría, la ilumina en todas sus partes, y saca de ella las consecuencias, ya para orientar nuestros pensamientos, ya para dirigir nuestras acciones y conformar nuestra vida intelectual y moral á la razón divina.

Otras muchas diferencias existen también entre el don de sabiduría y la sabiduría, á las que alude el apóstol, cuando dice: "A uno es dado por el discurso del Espíritu Santo el discurso de sabiduría (2)." Por de pronto, ésta puede ser común á los buenos y á los malos. Es privilegio suyo conocer las verdades divinas, no con un conocimiento

1. Sapientia quæ est donum est excellentior quam sapientia quæ est virtus intellectualis, utpote magis de propinquo Deum attingens per quamdam Spiritus unionem ad ipsum. Et inde habet quod non solum dirigat in contemplatione, quod facit sapientia virtus intellectualis; sed etiam in actione circa humana. Quanto enim virtus est altior, tanto ad plura se extendit. *S. Anton., ubi supra.*

2. 1 Cor., xii, 8.

adquirido, sino por ciencia infusa á fuerza de discurso, y tan perfectamente, que pueda enseñarlas á los demás y refutar á los que las contradijeren! Mas la sabiduría no se encuentra sino en los buenos, á quienes comunica no solamente la luz, sino también el gusto de las cosas divinas. Habita lo mismo en el niño que en el hombre, mientras perseveran en estado de gracia: en el segundo está en acto, en el primero en potencia por razón de su poca edad. Aunque en diferentes grados, todos la poseen en cuanto es necesaria para su salvación (1).

2º ¿Cuáles son los efectos del don de sabiduría? Inundar al espíritu en una luz superior á toda otra luz, llenar el corazón de una afición inefable hacia Dios y todas las cosas divinas; tales son, como acabamos de indicar, los dos efectos principales del don de sabiduría. Veamos lo que sucede al hombre dotado de este precioso don. Le sucede lo que á un ciego que recibe la vista á la edad de treinta ó cuarenta años. ¿Qué pensaría este hombre del mundo, mientras estuvo ciego? Creía en la existencia del sol, de la luna y de las estrellas; creía que hay árboles, frutos y flores, y muchas especies de peces en el agua y de aves en el aire y de otros animales en la tierra. Creía todo esto, porque se lo habían dicho; pero no excitaba en él ningún conocimiento preciso y no le producía ni amor, ni alegría, porque no había visto nada.

Mas hé aquí que este hombre obtiene de repente la vista. Ve cómo el sol esparce por doquiera sus rayos; ve las montañas cubiertas de árboles y de frutos; ve los prados esmaltados de flores á cual más bella, y asombrado de tanta hermosura que ve por vez primera, se queda estupefacto.

1. *S. Anton. ubi supra.*

Dejad ahora al ciego y volveos hácia el alma humana.

Posee ésta la luz de la fé, cree que Dios es infinito, que es manantial inagotable de todas las perfecciones; pero como esta luz es bastante pálida, no excita en el alma mucho amor de Dios, ni mucha alegría. Pero que el Espíritu Santo le comunique la luz del don de sabiduría. ¡Qué súbito cambio se obra en ella! Las perfecciones divinas se muestran á su vista en todo su esplendor. Queda como fuera de sí misma y como sumergida en el océano de la divinidad (1).

Hemos visto que el don de entendimiento abre también los ojos del alma; pero entre la iluminacion que produce y aquella que procede del Espíritu de sabiduría, hay una gran diferencia. El don de entendimiento ilumina, una tras otra, las verdades particulares; pero no contemplándolas en la causa primera, no las relaciona entre sí hasta el punto de hacer de ellas una basta síntesis. Este privilegio pertenece al don de sabiduría.

En la amorosa luz de que es foco, abraza y hace ver todo el conjunto de las cosas divinas; las verdades de la fé, toda la doctrina cristiana, la teología, la escritura, las reglas de la moral pública y privada, y todo lo que puede contribuir á la santidad de la vida y al logro de la salvacion (2).

El don de entendimiento no va acompañado, al ménos en tanto grado como el de sabiduría, del gusto y del amor de las cosas divinas; y esta es otra gran diferencia.

“En efecto, dice San Buenaventura, una cosa es saber que la miel es dulce, y otra es comerla y gustar realmente de dulzura.”

Illuminada el alma por el don de entendimiento, cree y sabe que Dios es infinitamente dulce; sin embargo, no gusta su dulzura. Pero, ¿posee el don de sabiduría? Entónces

1. *Pergmayer, Méditat*, §., p. 44.

2. *Corn. á Lap., in Jacob.*, c. III, 17.

no solamente sabe que Dios es infinitamente dulce, sino que gusta también su inexplicable dulzura, y su corazón se llena de ella. De aquí resulta, que el alma encuentra sus delicias en conservar con Dios y procurar su gloria. De aquí proviene el espíritu de oracion, el espíritu de recogimiento, el espíritu de sacrificio, la union amorosa del alma con Dios trasformándose de algun modo en El; el reposo de todas sus potencias, la calma de sus pasiones, el amor de la soledad y del silencio. Entonces es cuando el alma puede decir, imitando á la esposa de los *Cantares*: Mi amado es todo para mí, y yo soy toda de mi amado; yo soy su propiedad y su reino.

El reina en mí y me gobierna. El es el dueño y el director de mi vida interior y exterior. No soy yo quien en mí vive, sino que El es quien vive en mí.

La sabiduría como luz y amor que es, esparciéndose afuera, hace al hombre enteramente á su imágen. Ahora bien, segun el apóstol Santiago, la sabiduría que viene del Espíritu Santo, es casta, pacífica, modesta, dócil, amiga de los buenos, llena de misericordia y de buenos frutos, no juzgadora ni fingida (1). Tal es, á grandes rasgos, el retrato del verdadero sábio.

Es casto. Aquí debe entenderse que no solamente tiene la pureza de cuerpo, sino también la pureza de alma y de doctrina. Es un hecho, que la verdadera castidad conyugal, la verdadera virginidad, la verdadera continencia, la verdadera pureza de palabra y de doctrina, no se encuentran más que en el cristianismo y en el sábio cristiano. Basta para convencerse de esto, echar una mirada sobre el paganismo, sobre el mahometismo, el protestantismo, el racionalismo

1. *Epis.*, III, 17.

moderno y sobre los pretendidos sábios de sus diferentes escuelas.

Es pacífico. Las luchas, las discusiones, las riñas, las disputas, le son antipáticas; nuevo rasgo que lo distingue de los falsos sábios. La razón de esto es muy sencilla. La verdadera sabiduría es hija del Espíritu Santo: el Espíritu Santo es manantial de paz y de concordia: la paz es la tranquilidad del orden: el orden es fruto de la sabiduría. Es necesariamente humilde. Y la humildad es la madre de la paz.

Es modesto. Modestia en sus afirmaciones y pretensiones; modestia en sus palabras y maneras; modestia en el alimento, en el vestido, en las comodidades y placeres, son los caracteres del verdadero sábio. He aquí lo que constituye otra diferencia entre él y el falso sábio. ¿Quién ignora cuán pretenciosos, vanos, arrebatados, orgullosos, susceptibles y sensuales, no fueron los sábios del paganismo, los sábios de la herejía; cuánto no lo son todavía los sábios de la incredulidad moderna? Animales de gloria, como los llama San Jerónimo, no vivieron ni viven, no escribieron ni escriben, sino para que los demás se ocuparan y se ocupen de ellos, para adquirir nombre ó posición; ¡y desgraciado de aquel que se atreva á tocarles con solo la punta del dedo!

Es dócil. Esto es, tiene facilidad para dejarse persuadir, y no le falta para persuadir á los demás. Lleno de luz, su espíritu reconoce sin trabajo la verdad desde el momento en que le es propuesta; lleno de amor hácia ella su corazón, la abraza con ardimiento. Llena de amor y de verdad su palabra, no halla por parte de las almas rectas ninguna formal resistencia. ¡Cuán diferentemente sucede con los filósofos del error y sus adeptos! A las pruebas más convincentes oponen obstinadamente estúpidas negaciones. Solo los errores

más groseros encuentran abierta su alma; y cual hijos del padre de la mentira, los abrazan como hermanos y los enseñan como verdades.

Es amigo de los buenos. Entre el sábio cristiano ó el verdadero cristiano, lo cual es lo mismo, y los verdaderos cristianos, los verdaderos buenos de todos los siglos y de todos los países, hay una afinidad real. Afinidad poderosa que, semejante á la chispa eléctrica, conmueve en un abrir y cerrar de ojos á todas las almas católicas y las pone completamente de acuerdo. Pensamientos, alegrías, dolores, esperanzas, temores, intereses, todo se hace comun. De aquí la inmensa fraternidad del bien, que es el carácter tal vez más inexplicable de la verdadera religión. "En esto conocerán todos, que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros," decía el Verbo encarnado. (Joan. XIII, 35).

Enemigos de los buenos y amigos de los malos; esto han sido siempre y son todavía los falsos sábios de todos los tiempos y de todos los lugares. ¿No es esto lo que hoy se vé acaso con más claridad que nunca? Sea cual sea la región que habiten y la máscara con que se cubran, el Espíritu malo conoce á los que son suyos, los exalta y los defiende. En su favor excita las simpatías de todos sus hermanos en impiedad, en revolución, en anticristianismo.

Está lleno de misericordia y de buenos frutos. De misericordia, porque posee en persona al Espíritu de aquel que ha dicho: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. De buenos frutos, porque su alma es uno de los racimos de la viña, cuya cepa inmortal y siempre fecunda es el Verbo encarnado. Uno de los caracteres del falso sábio es el egoísmo, y por consiguiente, la sequedad y la dureza del corazón: *Viscera impiorum crudelia*; y juntamente la esterilidad en buenas obras. Ved